

CRÍTICA TEATRAL

El Caraqueño o la apuesta feliz por un teatro recio

Manuel Pérez

ALCALÁ

La representación de *El Caraqueño* en la noche del pasado sábado acabó por convertirse en un acontecimiento teatral muy especial. En el Teatro Salón Cervantes, una nueva compañía dramática iniciaba su andadura por el mundo azaroso de la escena profesional. En su bautismo de fuego, recibió del numeroso público los máximos galardones que conforman el verdadero éxito: un seguimiento entregado de la obra y unos restallantes aplausos al final de cada acto.

El ambiente de butacas y Pasillos, vibrante de animada expectación, contaba con la presencia de figuras señeras en la historia reciente del teatro español. Entre ellas, dos nombres que resumen toda una época y una tendencia: José Martín Recuerda, autor de la obra, y Lauro Olmo, testigo feliz en esta recuperación de un obra prototípica de toda la producción dramática *realista*. El éxito del reestreno de *El Caraqueño* es el justo premio a una actitud decididamente valiente y arriesgada de la compañía que dirige Guillermo Baeza.

El grupo apuesta por un drama fuerte, un teatro de contenidos, en un momento de desorientación general en el que el mundo de la producción dramática está dominado por una frivolidad más o menos lúdica o por las sucesivas recreaciones de obras clásicas bajo un propósito nada fiel, disimulado bajo el dudoso marbete de *postmodernidad*. Bien al contrario, Producciones Teatrales Complutenses ha ofrecido una lección de respecto absoluto al texto dramático, realizada desde el estudio minucioso de las claves teatrales ofrecidas por el autor.

El empeño comportaba además el riesgo de haber elegido una muestra genuina del teatro

de la palabra, en el que el diálogo se convierte en elemento primario de los elementos escénicos, a cuyo través se destila, desde el escenario a la sala, el progreso de la acción. Por ello, ésta fluye lenta, reposada, discursiva; la historia y el conflicto se transmiten a través de cada réplica y el gesto acompaña subsidiariamente al habla de cada uno de los interlocutores. La articulación y el tono de los actores se convierte de este modo en el recurso interpretativo fundamental y el trabajo actoral se torna sumamente arriesgado a base de mantener, durante largos minutos, al público pendiente de sus palabras.

OBRA DE ACTORES

Obra de actores, pues, ésta, que exigía de los tres que componen el reparto unos niveles de saber hacer y de temple escénico a los que el conjunto de hace frente con una completa seguridad en sus posibilidades. Resulta ingente la actuación de Guillermo Baeza quien, en la obra que él mismo dirige, representa un papel que le obliga a estar ininterrumpidamente en escena, consiguiendo plasmar un trabajo sobresaliente en ritmo y en matices.

Antxón Jiménez se pliega muy bien al carácter más plano de su personaje, al que consigue dotar, sin excesivos alardes ni efectismos, de una autenticidad y convicción que son sus mejores cualidades.

Este teatro se convierte así en ejercicio privilegiado de la narración oral, en el que el actor ha de poner en juego sus mejores dotes de narrador, recuperándole este modo el arte más antiguo y cotidiano del mundo: la transmisión mediante la palabra desnuda, de los tesoros de la memoria colectiva y de las verdades de la vida. En la obra que comentamos, Isabel de Antonio ofreció un recital de la mejor técnica del relato oral,



Los actores desarrollaron un magnífico trabajo ante un público que supo reconocerlo

J. ROJAS

con el que culminó una noche de aciertos interpretativos mucho más que brillante.

Esta actriz controla perfectamente los recursos expresivos de gesto y voz, y sabe matizar su entonación con una inteligencia sorprendente. Sus réplicas resultan igualmente atractivas cuando transmite dureza y resolución que cuando ruega mendigando la ternura que la vida ha ido negando a su personaje. Cuando al final de un largo monólogo nos dice: "Te conté mi historia. La mejor historia de mi vida", Isabel de Antonio se había hecho acreedora al mejor moderno aplauso interpretativo de toda la temporada en el Cervantes.

APLAUSOS

El gusto moderno ha eliminado las ovaciones entre escenas: es lástima, pero Guillermo Baeza cogió, tras otro primoroso monólogo final, los bravos que todo el conjunto había merecido con creces durante toda la noche. Ten excelente trabajo teatral, detrás

del cual se adivina una seriedad y dedicación por desgracia poco comunes, justifica la seguridad con que la compañía aborda, en crudo y sin actualización edulcorante, la puesta en escena de un texto quizá excesivamente anclado en el momento histórico en el que se escribe y al discordante, por lo mismo, con la sensibilidad del público más joven.

El director, coherente con la estética predominante en la generación de Martín Recuerda, plantea la escena como universo autónomo, completamente al margen del espectador, en el que los personajes viven intensamente sus propios conflictos. Desde los principios del naturalismo interpretativo, se lleva a cabo un a comunión absoluta entre personajes y actor.

Se adopta una escenografía realmente afortunada, que conjuga las exigencias realista y funcionales (separación de vario planos de actuación) con un leve esquematismo muy del gusto actual. En la segunda parte, el director reali-

za un despliegue de signos escénicos, en el que objetos y mobiliario, prendas del vestuario y pinturas del tatuaje emiten atractivas sugerencias sobre el espectador.

Una acertada luminotecnia que acota los dos diferentes momentos de la acción y unos efectos musicales tan variados como bien seleccionados completan las principales líneas de un trabajo que no desmerece ni un ápice de la importancia del texto elegido.

Noche feliz para el teatro alcalaíno y para el teatro español más reciente. La compañía que ha rescatado esta pieza de José Martín Recuerda ha rendido al autor y al realismo social de los años sesenta- el homenaje que la justicia dramática está debiendo y negando a tantos y tantos autores de nuestro pasado reciente y de nuestro presente teatral. Tal homenaje no cabe más que en la actitud que ha animado al trabajo de este grupo: entrega sin límites al texto adoptado y fidelidad absoluta a las inmensas posibilidades en él contenidas.